

La alcurnia de la carne

Javier Luque

“No meter ruido es doctrina
a que todo se sujeta
y en entendiendo la treta
del amoroso descuido,
como no meta ruido,
métase lo que se meta...”

Nicolás Fernández de Moratín
(*Arte de las putas*)

[Prólogo]

—¡Guerrero! —grita, Adolfo desde el piso de arriba—. ¿Has visto esto?

Pepe no contesta, se limita a levantar la cabeza y mirarle desde el salón. En su cara se puede leer lo que piensa; fue él quien llamó a la policía cuando se encontró la puerta de la casa abierta y una sucesión de pisadas dibujadas con sangre que conducía a la planta alta, hasta el baño del dormitorio principal. Después telefoneó a Mona.

Mona y Pepe suben las escaleras en dirección a los gritos. Mientras ascienden, Pepe se seca el sudor de la frente con un pañuelo y, con la otra mano, se da aire con un abanico. Hace calor. Es un verano de los de ahora, aunque apenas falte una semana para el otoño, semanas de achicharrarse y otras de sospechar que los monzones han cambiado de domicilio; hoy toca infierno, piensa Mona. Adolfo Almagro los espera junto a la puerta abierta del baño. Pepe no se molesta en ir, se queda abanicándose frente a la desecha cama de matrimonio. La habitación apesta a perfume. Mona mueve la cabeza, olfatea como un sabueso hasta que su mirada se detiene en un cerco dibujado sobre la tarima de roble. A su lado descansa un frasco pequeño de *L'or J'adore*. Mona lo reconoce al instante, experta en lujos, hasta en los que no debería permitirse. Adolfo la mira impaciente y ella se dirige al cuarto de baño.

—No hay duda de que murió contento —dice Adolfo en el mismo volumen que antes utilizó cuando él estaba en un piso y Mona y Pepe en otro.

Tendido en la ducha hay un hombre; ni un contorsionista hubiera sido capaz de componer aquella figura. Tiene las manos en la espalda, los brazos sujetos por las muñecas con cinta de embalar. Del final de su columna vertebral asoma la empuñadura de una High Standard del veintidós. Mona la identifica por las cachas negras, pero no puede ver el largo cañón con el silenciador embutido porque alguien se ha tomado la molestia de introducirse completo por el culo al hombre antes de apretar el gatillo. Mona no ve ningún orificio de salida; puede que esté oculto. Alrededor del pene se aprecian cortes, de ellos proviene la sangre que mancha la ducha y que impregna las huellas que la suela de un calzado deportivo ha repartido señalando el camino de huida. Mona no piensa que la muerte haya sido tan placentera como ha sugerido el policía. Para saber quién es el muerto no necesita verle la cara; ya se lo ha contado Pepe, aunque se haya ahorrado los detalles.

—¿Qué te parece esto Mona?

A Mona le molesta oír en boca de Alfredo el apodo cariñoso que alude su nombre, el que ella eligió para que figurara en su carné de identidad hace un año, su particular forma de homenajear a Gioconda Belli, de agradecerle los poemas que siempre mantiene cerca, que calientan sus noches de soledad.

—Que nunca debiste dejarte engordar —dice Mona—, ni dejar los antidisturbios. Al menos entonces nadie tenía que soportar tu verborrea.

—Te crees muy graciosa.

—Lo aprendí de ti mientras nos duchábamos juntos.

Pepe asoma la cabeza por la puerta

—No seáis imbéciles. Nosotros nos vamos.

Hace una seña con los ojos a Mona y ella afirma con la cabeza.

—Aquí no hacemos nada.

Pepe sale y Mona le sigue en silencio.

—Aún no has contestado a mis preguntas.

El grito de Adolfo llega cuando los otros ya están en el piso de abajo.

—No sé nada, así que con eso está todo dicho.

Pepe habla sin dejar de andar hacia la puerta de la calle.

—Entonces, ¿qué hacías aquí?

—Ganarme el pan, hijo, ganarme el pan.

Pepe se ha parado en la puerta, la mano izquierda apoyada en el marco y la derecha dándole marcha al abanico con un gracejo que, en opinión de Mona, ya quisieran para ellas muchas folclóricas.

—¡Joder! —vocifera Adolfo, que ha bajado la mitad de la escalera. Pepe le interrumpe:

—Que grosero eres, hijo mío. Qué iba a hacer. Él me llamó, ya te lo conté mientras esperábamos a Mona. Me dijo que quería hablar conmigo. Estoy sin un euro, como siempre, y no me gusta el teléfono, así que le dije que vendría y no pregunté. Imaginé que querría encargarme algo, ya sabes, alguna de las mierdas en las que trabaja un huelebraguetas como yo: la vigilancia de un empleado de esos que se dan de baja y luego se van de juerga; o la de su última mujer, porque sospechara que tenía un amante y quisiese pillarla para ahorrarse la pensión alimenticia. Hijo, yo que sé. Me limité a venir.

—¿Y por qué llamaste a ésta?

El policía ha terminado de bajar la escalera. Mona está a punto de intervenir, pero Pepe, mientras la mira, cierra el abanico y se lo lleva a la boca, luego se vuelve

hacia Adolfo.

—Pero que marujas sois los polis y luego decís de los maricas. La llamé porque no conduzco, la que lleva el coche es ella, y habíamos quedado para largarnos a Almería, a pasar una semana en la playa. Ya sabes, a bañarnos y tomar el sol en pelotas, que si no mi novio, el Ramón, ¿lo conoces?... No creo, tú no te mezclas con la aristocracia, lo más fino que has hecho es ducharte con ella cuando compartíais vestuario en la brigada. Claro que entonces ella tenía pelo en el pecho y se llamaba Manolo en lugar de Gioconda. ¿Pero qué es eso si no un detalle sin importancia?

—Pepe...

—Ya, Mona —dice Pepe al tiempo que se coge del brazo de ella—, tienes razón, se nos hace tarde y aquí estamos perdiendo el tiempo.

Antes del que el policía vuelva a hablar, suben al ascensor y Mona pulsa el botón de la planta baja.

—¿Por qué mezclas a Ramón con ése? ¿Y si le va a su mujer con el cuento, o peor, a su madre?

—¿Qué le importa a Alfredo la duquesa o su hijo?

—Por jodernos a nosotros, a ti.

—Pues que Ramón se deje de gilipolleces y salga del armario.

—Tiene mujer e hijos.

—Soy marica, y aunque no esté de moda, no creo en el matrimonio.

—No me puedo creer que seas tan cabrón, Pepe.

Han salido del ascensor y acaban de abandonar el portal. En la calle, una gelatina negra y humeante ha sustituido al asfalto. Los pocos coches que circulan por la calle Ortega y Gasset parecen hundirse en un vano intento por caminar.

Durante un instante los dos se paran y se retan con la mirada. Pepe se abanica.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer, Mona? El mundo es un sitio mejor con ese hijo de puta muerto. Haremos lo que le he dicho a ése, largarnos a tomar el sol y baños de ola, que son buenos para el cutis. Pero a Fuerteventura, que no le iba a decir a ese gilipollas la verdad para que nos joda las vacaciones. Esto se ha acabado y a nosotros ya nos toca un descanso. Los maderos se las apañen.

[1]

—¡Pepe Guerrero! ¿Qué haces tú aquí?

Pepe no reconoce a Contreiras en el hombre que se aproxima entre gritos y aspavientos. Le acompaña una mujer; no lo es, pero podría ser su hija. Contreiras es rechoncho, de piel cetrina y barba hirsuta. (¡coño!, si es Mario Contreiras, vaya pinta, seguro que le parece que va lo más de moderno).

—Es una suerte que te encuentre, lo primero bueno que me pasa en esta maldita isla.

Mira para la joven, ella ni pestañea, él se encoge de hombros.

—Necesito protección —dice.

(Y a mí qué). Pepe calla, hace mucho calor y eso le ablanda, le anula el impulso de la sinceridad. En el agua una motora arrastra un proyectil neumático sembrado de turistas que gritan a cada bote sobre las olas.

—Y a mí qué me cuentas, para eso está la policía.

Al final, a Pepe no le ha importado calor. La motora ha dejado de atronar perdida en la distancia.

—Carajo, tienes que ayudarme, en la policía no me harían ni caso; te pagaré bien..

Contreiras no baja el volumen ni parece dispuesto a marcharse. Pepe lo intenta con el sarcasmo.

—¿Y de quién necesitas protegerte, de tu mujer?

—No fastidies. No sé quién me sigue.

—¿Cómo sabes que te siguen si no sabes quién te sigue?... Venga, déjalo ya y no grites más, toda la playa nos mira y me estás jodiendo; estoy de incógnito —miente—, sigo a ésa de ahí.

Pepe señala con disimulo fingido a Mona que está recostada (con las siliconas al aire, como a ella le gusta) en una tumbona a media decena de metros de donde están ellos. Se besa con un mulato que no tendrá más allá de veinticinco años (ya lo quisiera yo para mí).

—Coño, lo siento, no sabía nada.

—Es que estoy de incógnito, ya sabes. Ésa se la está pegando al marido, un paisano... mío, de Cádiz.

Pepe inventa sobre la marcha, a ver si le convence de que le deje tranquilo.

—Ya, ¿entonces?

—Nos vemos más tarde, o mejor mañana... Por la noche en el *Lobo Rojo*. ¿Lo conoces?

Es la mujer la que asiente (maldita suerte la mía).

—¿Me ayudarás?

—Claro, hombre, mañana vemos qué es lo mejor.

A Pepe no tiene necesidad de esperar al día siguiente; ya piensa que lo mejor para él es no hacer nada.

La pareja se marcha después de despedirse con un hasta mañana, pero a Pepe ya no le apetece seguir en la playa. Le dice a Mona que la espera en el hotel y echa a andar por la orilla. Un par de adolescentes cuchichean a su paso y se vuelven con descaro para mirarle el culo cuando él ya no puede verlas.